

Good bye, Marcos

# UN DICTADOR DESEMPLEADO

William Castillo

Ferdinand Marcos ha quedado cesante, desempleado. Difícil situación en un mundo en el que los dictadores tienen cada día menos trabajo. Corazón Aquino y el pueblo de Filipinas tienen ante sí el reto de construir una verdadera democracia, soportando al mismo tiempo la presión de los EE.UU. Jugar al equilibrio puede ser la opción más viable pero también la más peligrosa. Todo dependerá de cuán pródigo sea este nuevo "corazón" de las Filipinas. Y será también la garantía de que ni Marcos ni ningún otro traten de ejercer su desprestigiado oficio.

"Tu hierro será la hermosura de todos nosotros, como lo prueban las medallas ganadas en la arena del heroísmo. Tú has surgido como un nuevo mesías de la parda tierra, para llamar a tu pecho a todos los hijos rebeldes de la tierra".

## EL TADNA DE MARCOS

Así escribía en honor del noveno aniversario de la ley marcial, en 1980, el ayudante administrativo de Ferdinand Marcos, en un poema titulado Homenaje a FM y publicado en los principales diarios de Manila. A sólo seis años de aquella épica alabanza, Marcos es apenas la sombra siniestra y desagradable, encamillada, de un dictador moribundo por el lúpus, degenerado por el poder.

Marcos ha quedado desempleado y sólo la muerte parece interesada en sus servicios. En su hora más ciega ha debido comprender amargamente que nadie que viva sólo para el poder es más infeliz y miserable que cuando lo ha perdido. Expulsado y odiado por su pueblo, al que supo engañar y reprimir durante los gloriosos años de su mítica fama, asediado por sus opositores, cuestionado por una Iglesia valiente, traicionado a última hora por quienes fueron sus guardianes y servidores, su orgulloso Ejército, y aceptado por sus padrinos imperiales como el último gesto amable, si es amable eso de entrar por la puerta trasera, Marcos debe saber hoy a ciencia cierta que no hay nada más inservible que un dictador derrocado.

Quizás lo sospechaba desde antes, desde los tiempos en que su mito legendario cubría como un manto divino y falso los ojos de los filipinos. Aquellos tiempos en que él era el héroe nacional de la II Guerra Mundial, el heroico guerrillero de la Maharlika, y encarnaba, como en aquel poema épico de 400 páginas que le hizo escribir su querida Imelda, al dios de la fuerza, Malakas, y el gigantesco monumento de piedra en su honor todavía se esculpía sobre las montañas de Baguio.

Fue tal vez por eso que se aferró al poder hasta el último instante en que creyó que era suyo. Pero su caída había comenzado mucho antes. Estaba sentenciado desde los tiempos en que saqueó y arruinó a su país, cuando recibía a los vendedores de dinero en olímpicos festines y suntuosas recepciones en los que se combinaban dramáticamente toda la

opulencia y la miseria del caluroso archipiélago. Como diría un banquero después, "el presidente nos colocaba en un jaguar equipado con aire acondicionado, un buen sistema estereofónico y una linda veinteañera". Marcos pedía prestado para comprar edificios en New York y construir palacios en Hawai. Y sabía, tan bien como los prestamistas, que nunca podría pagar.

El derrumbe de su imperio también había comenzado cuando fue incapaz de controlar una ola de creciente descontento y organización popular, cuando su aceitado aparato contrainsurgente comenzó a fallar y los focos guerrilleros, en el campo y la ciudad, se multiplicaron por todo el archipiélago. Hasta 30.000 hombres del Nuevo Ejército del Pueblo contra sus 60.000 del Ejército y sus 50.000 de la Guardia Nacional, y Marcos, el gran estratega de la guerrilla filipina contra la ocupación japonesa, nada podía hacer. Su otoño se inició igual cuando bajo, una excusa hipócrita impuso la ley marcial en 1972 y persiguió, encarceló y desapareció en pocos años a más personas de las que puedan enorgullecerse los gorilas argentinos. Su crepúsculo empezó a caer aquel momento en que se decidió a liquidar a un opositor excelente y peligroso.

El 21 de agosto de 1983, aquel hombre de 50 años de edad, regresaba a su país después de tres años de autoexilio. Fue baleado al entrar al aeropuerto. Se llamaba Benigno Aquino. Marcos se encerró en su palacio y no quiso saber nada de él, pero ya entonces su Tadna (destino) había quedado sellado.

## SUMANA NA KAY

Desde entonces no tuvo cuartel. La opinión internacional lo acusó, las inmensas manifestaciones callejeras le probaron que sus horas comenzaban a escasear, que sólo podía mantenerse allí a costa de la sangre de muchos filipinos. Y así lo hizo.

Pero tuvo finalmente que ceder, convocar a elecciones, enfrentarse con la



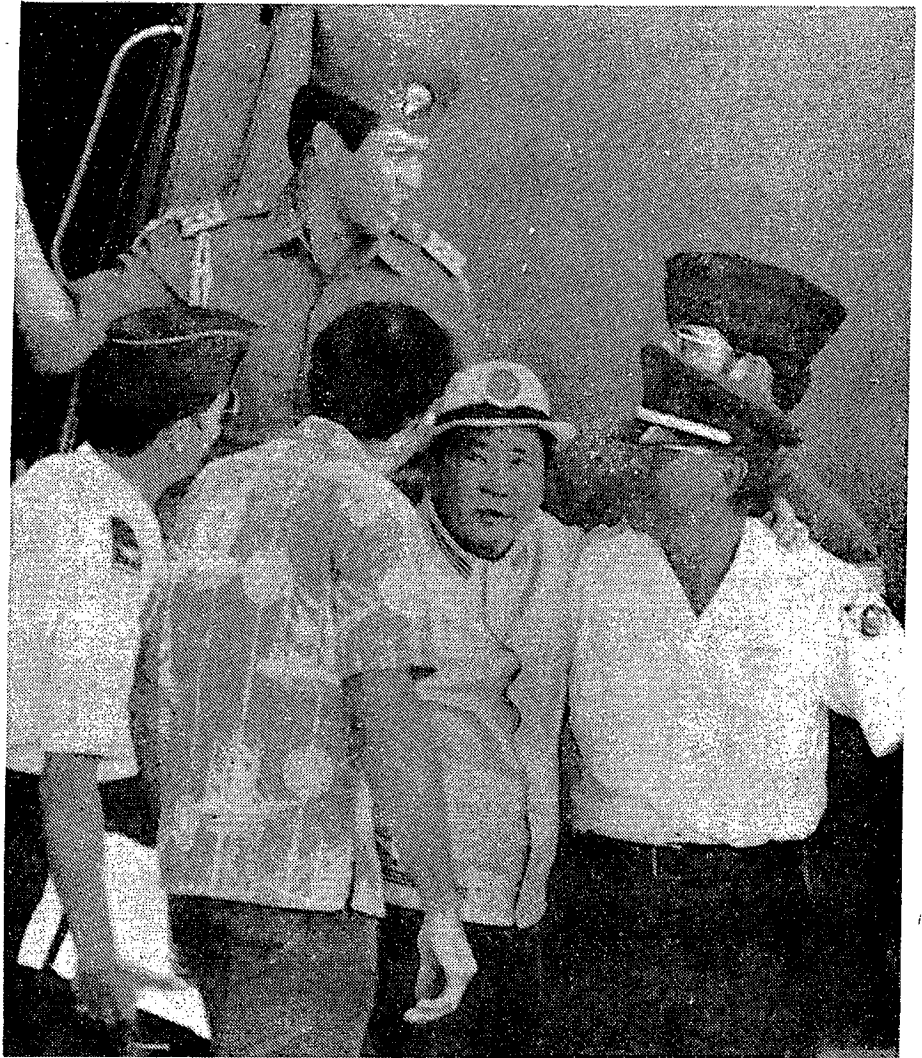
verdad, tal vez creyendo por esa ceguera terca de los infelices devotos del poder, que todavía era omnipotente, que su chantaje seguiría ordenando la historia. En lo más remoto quería probar que seguía siendo el jefe invencible y demostrarse que las medallas aún estaban firmes sobre su augusto pecho. Para hacerlo tenía que enfrentarse al noble corazón de los filipinos. A Corazón Aquino.

Y no valió el fraude, el terror, la muerte, "todo el peso de su oro y sus cañones", para detener la voluntad del pueblo. Su embrujo se había roto. Cory, esa viuda de 53 años, esa ama de casa que vio un día morir a su esposo sin que se hiciera justicia, se convirtió en el símbolo de una resistencia civil contra la fuerza del temible Marcos. Y mientras la historia y el miedo se alojaban en el palacio Malacanang y las calles se colmaban de corazones, Marcos rogaba, exigía, reñía con sus viejos aliados, pedía una última carta de confianza, pero éstos empezaban a sentir ese escepticismo que precede al abandono hacia un servidor poco confiable. Sabían que ya era imposible salvarlo y empezaban a pensar en su propia salvación.

Vino después un golpe violento. Los valientes obispos lo denunciaron sin nombrarlo, pero todos sabían que la Iglesia había decidido y que su opción no aceptaba engañosas neutralidades. E instaron a desobedecer. Sin violencia. A ganar sin las armas de la muerte. Y hasta sus gloriosos militares, aquellos en los que había forjado el mito de su heroísmo, la base de su legítima autoridad, comenzaron a entender que era hora de olvidarse del viejo Marcos. La II Guerra Mundial había quedado muy lejos. Marcos era un impostor, incapaz ya de garantizar sus privilegios.

Así, Marcos tuvo que irse, renunciar, quedó cesante. Se fue el mismo día en que debía juramentarse ante nadie. En la más dolorosa y terrible soledad del poder. Se fue a prisa, recogiendo sus co-rotos, con la garantía del lejano amigo, irritado éste por la terca actitud del otro-razo celoso guardián de los intereses imperiales. El lejano amigo, un poco asustado por el coraje de un pueblo clamoroso, naciente, tratando de salvar sus bastiones militares y su influencia.

La victoria de Corazón Aquino y el pueblo filipino, sintetizada en el grito callejero ¡Sumana na kay! ¡Unanse todos!, es una tremenda demostración de la fuerza y la decisión de vencer de un pueblo. Y Marcos no pudo contra ella.



## EL BENIGNO CORAZON DE AQUINO

Tal vez Cory Aquino no sea la pancea democrática que muchos, en el calor del momento, hayan imaginado. Tal vez, simplemente, no lo pueda ser. La nueva presidenta tendrá que convivir con los sectores militares y empresariales que mantienen las bases del poder, los mismos, en gran parte, que se enriquecieron en veinte años de la primavera de Marcos. Y Cory lo ha aceptado con una gran serenidad, ha establecido un equilibrio en los sectores de poder capaz de hacer sentir al gran aliado que la nueva administración les tiende la mano.

Pero Corazón también tiene que enfrentar el reto real, inmediato, de la democratización de una sociedad altamente polarizada, profundamente desigual económica y socialmente, con una gran tradición de violencia que, en la lucha contra Marcos, Cory supo aprovechar y canalizar en una impresionante demostración de voluntad civil pacífica.

La pobreza extrema, la desigual distribución de la riqueza, el peso de los visceralmente anticomunistas militares filipinos y la influencia norteamericana, cuya diplomacia anda ya acreditándose la victoria, son algunos de los elementos que la nueva presidenta tendrá que tomar en cuenta en su difícil papel de jugar al equilibrio. En ese trance Cory puede darse el lujo por ahora de resbalar porque tiene a todo un pueblo sosteniéndola.

Cory Aquino ha dado un gran ejemplo al mundo, pero ahora deberá darlo a las Filipinas. Ganó la batalla contra Marcos y ahora le toca ganar la batalla por la democracia, quizás más difícil. El trabajo de presidente estará en buenas manos siempre que esas manos sean capaces de repartir a todos. Marcos ha quedado desempleado, para él no hay reenganche. Sólo le queda como triste final, la segura posibilidad de una pronta jubilación de esta vida.